

Alan Sokal:

La defensa de una cosmovisión científica fundamentada en la evidencia frente a los enemigos de la racionalidad

Manuel Corroza
ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico

El pasado jueves 30 de marzo, el físico estadounidense Alan Sokal impartió en el auditorio de la Fundación Ramón Areces de Madrid una conferencia sobre la ciencia. Su título, «¿Qué es la ciencia y por qué nos debe importar» (*What is science and why should we care?*), no dejaba lugar a dudas sobre las intenciones del ponente.

Sokal. ¿Recuerdan ustedes? Ese anónimo aunque competente científico neoyorquino saltó a la fama en 1996 por la publicación de un artículo esperpéntico en una ilustre revista de estudios sociales. El texto —«Transgredir las fronteras: hacia una hermenéutica transformadora de la gravedad cuántica»²— no era más que un montón de baratijas lingüísticas engarzadas como las cuentas de un collar picassiano, una almazuela de términos científicos y filosóficos cosidos con hilo grueso y sin ningún respeto por la combinación de colores. Un despropósito semántico, un ponche posmoderno con rodajas indigeribles de relatividad cuántica, topología diferencial y hermenéutica metacientífica. Todo lo que podamos imaginar.

El carácter paródico y burlesco del trabajo de Sokal no tardó en salir a la luz. Pocos meses más tarde apareció otro artículo en varias revistas, en el que Sokal destapaba sus verdaderas ideas y en las que ofrecía una explicación de los motivos que le habían llevado a escribir el primer texto. Entre otras destacan las razones políticas. Sokal —un viejo izquierdista impenitente, como él mismo se define— entendía que el relativismo posmoderno propio de cierta izquierda académica francesa y estadounidense no hacía sino minar los valores ilustrados de racionalidad y progreso que, según él sostiene, han de guiar el trabajo político y social de la izquierda.

Dos años más tarde, en 1998, Sokal, junto con el físico belga Jean Bricmont, publicó un libro titulado *Imposturas intelectuales*³, en el que se recogían y ampliaban todos los argumentos presentados en artículos y comunicaciones dispersas a raíz de la publicación del artículo paródico, a la vez que se sistematizaban sus críticas y se aportaban nuevas lecturas en relación con los intelectuales posmodernos.

Contra lo que mucha gente cree, las motivaciones de Sokal al escribir su artículo-parodia eran, como él mismo reconoce, bastante concretas y limitadas: la denuncia del uso impertinente, injustificado e inexacto de ideas y conceptos científicos —normalmente extraídos de las matemáticas y de la física avanzada— por parte de ciertos ilustres filósofos franceses en contextos disciplinares que no guardaban relación alguna con tales conceptos e ideas. Además, pretendía poner en evidencia la utilización concomitante de un lenguaje críptico, abstruso y carente de sentido que pretendía aparentar erudición científica a través de la inserción de conceptos e ideas extraídos de las ciencias naturales, sacados de su contexto habitual de uso y recontextualizados en un envoltorio sintáctico y semántico confuso y absurdo. Por tanto, Sokal no pretendía —e insiste varias veces en este punto— una descalificación general de las ciencias humanas, una ridiculización global de la filosofía francesa —incluida la obra de los intelectuales parodiados, que Sokal



Adan Sokal (foto: www.flickr.com/photos/eventosuc3m/)

no entra a juzgar en su generalidad— o el inicio de una nueva confrontación entre ciencias naturales y ciencias humanas. Esto es importante. La razón de haber elegido como blanco de su parodia a ciertos intelectuales franceses era la enorme influencia que estos han tenido y tienen en un sector nada insignificante de la comunidad académica y universitaria estadounidense relacionada con el estudio de las ciencias sociales.

Veinte años más tarde, como tuvimos ocasión de comprobar en su conferencia, Sokal sigue enarbolando la bandera de la ciencia —en un sentido amplio— y de la cosmovisión racionalista basada en la evidencia empírica, pero ahora identifica nuevos y más temibles enemigos. La academia posmoderna sigue existiendo, pero su producción intelectual apenas traspasa los

límites del recinto de las universidades y de los círculos de interés de los eruditos vocacionales. Los nuevos desafíos a la racionalidad científica —en realidad no son tan nuevos, en modo alguno— son, a decir de este científico, los siguientes: las pseudociencias (especialmente las que atañen a la salud individual y pública), la enseñanza de ciertas formas de creencias religiosas y las agencias de relaciones públicas de los gobiernos y de otras instituciones poderosas.

Movimiento cero: afinado conceptual de la ciencia.

Sokal comienza su disertación con una reivindicación no tanto de la *ciencia*, cuanto de lo que él llama una *cosmovisión científica*, una visión del mundo y de la realidad fundamentada en la *evidencia*. El de *evidencia* es un concepto epistemológico bastante polémico, pueden ustedes creerme. Probablemente más de un departamento de filosofía paga las facturas editando libros y organizando simposios sobre esta cuestión. Una lectura rápida a la entrada correspondiente de la *Stanford Encyclopedia of Philosophy*⁴ permite entender la naturaleza polémica de esta noción entre los filósofos de la ciencia, esos diablillos aburridos que matan moscas conceptuales con su rabo lógico-inferencial. En cualquier caso, y retornando al mundo de los mortales, la evidencia, para un científico especialista como Sokal o para un civil cualquiera razonablemente informado, no es un destello de conocimiento infalible que la realidad física estampa en nuestro cerebro; la evidencia es, más bien, el fruto de una interacción —de una negociación, incluso, ¿por qué no?— entre una realidad exterior estable y parsimoniosa y el esfuerzo subjetivo y racionalizador del primate bípedo que descubre pautas y patrones y que, a diferencia del pavo inductivista russelliano, se asegura la fidelidad inductiva de los acontecimientos físicos. Forzando la metáfora con las operadoras de telefonía móvil, la evidencia es un contrato de fidelización entre la naturaleza y el conocimiento. Suficiente por ahora. Pero retengamos el concepto: *evidencia*.

Después de desplegar hasta cuatro acepciones de *ciencia* —como esfuerzo intelectual, corpus de co-

La academia posmoderna sigue existiendo, pero su producción apenas traspasa los límites de las universidades y de los círculos de interés de los eruditos vocacionales.

nocimientos, comunidad de científicos y conjunto de aplicaciones tecnológicas— Sokal nos proporciona una más que hermosa definición: «Una **cosmovisión** que otorga primacía a la **razón** y a la observación y una **metodología** orientada a la adquisición de conocimiento riguroso del mundo natural y del mundo social».

Una metodología caracterizada por el **espíritu crítico** —la continua puesta a prueba de las aserciones por medio de observaciones y experimentos y su revisión y descarte, si procede— cuyo corolario es el **falibilismo**, la comprensión y aceptación de que nuestro conocimiento empírico es tentativo, incompleto, provisional y revisable.

Quedémonos con la imagen de la ciencia como un cuadrilátero o como un tablero en cuyos cuatro vértices brillan sendos neones con las siguientes palabras: *cosmovisión racional, metodología, espíritu crítico, falibilismo*. No es una mala imagen: la actividad científica tiene mucho de pugilato y de agonística. Pero sus peores enemigos no son los que aceptan subirse a la lona o jugar las piezas moviéndose en el perímetro de las palabras pactadas en las cuatro esquinas; por desgracia, los enemigos de la ciencia son aquellos que se saltan a la torera las reglas del marqués de Queensberry⁵ y mueven los peones como si fueran alfiles.

Primer movimiento: posmoderno *ma non troppo*.

De entre estos enemigos, Sokal considera que el posmodernismo académico es, a día de hoy, el más inocuo de todos. Por supuesto, uno siempre puede rebuscar en los escritos de ciertos autores y marcar con un rotulador fluorescente las majaderías puntuales de algunos intelectuales como Harry Collins, Barry Barnes, David Bloor o Bruno Latour, por citar a los más conocidos. Y uno siempre encuentra más de lo mismo: no existen unos estándares de conocimiento más racionales o fiables que otros, la naturaleza es el resultado de una controversia entre discursos científicos, la evidencia fáctica no juega ningún papel en el ensamblaje del conocimiento científico, y cosas por el estilo. El posmodernismo, advierte Sokal, confunde sistemáticamente la verdad con *afirmar que* algo es verdad, los hechos con la *aseveración* de que algo es un hecho, y el conocimiento con la *pretensión* de que algo es conocimiento. Pero el propio Sokal reconoce que este adversario se está desinflando, y que los desafíos que presentaba veinte años atrás ya no son tales. Incluso algunos de sus más significados ocurrentes se muestran bastante contritos: es, por ejemplo, el caso de Bruno Latour, que reconoce que la retórica empleada por los constructivistas sociales está siendo utilizada por «peligrosos extremistas» para destruir una evidencia, obtenida a duras penas, que podría

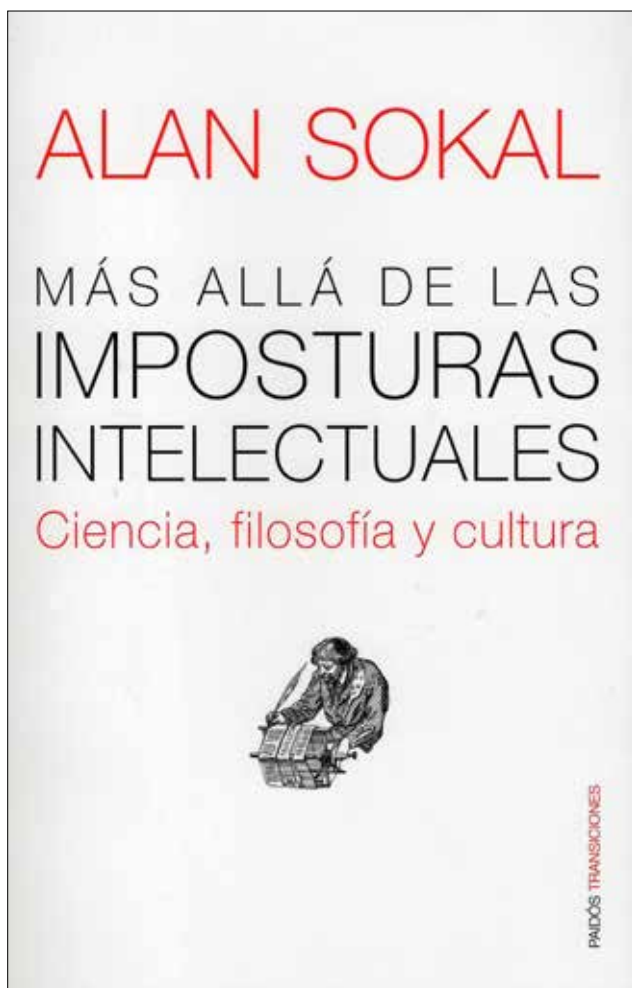


(foto: www.flickr.com/photos/stephanridgway/5525675192/)

salvar nuestras vidas. Y se hace eco Sokal del *dic-tum* de Noam Chomsky, que acusa a una parte de los intelectuales actuales de izquierdas de haber privado a la clase trabajadora de los instrumentos de emancipación provistos por la ciencia y la racionalidad y de querer enterrar para siempre el programa de la Ilustración.

Segundo movimiento: *Andante Homeopathica*.

El segundo de los adversarios del pensamiento científico —recordemos, en cuanto «cosmovisión racional sostenida en la evidencia»— que Sokal identifica es la defensa y promoción de las pseudociencias. Dentro de este amplísimo campo, Sokal centra su atención en las terapias «médicas» complementarias y alternativas y, más en concreto, en la homeopatía. Nada nuevo bajo el sol. Y quienes integramos los movimientos escépticos y racionalistas, entre otros muchos, reprimimos un leve bostezo, vencidos por la rutina de nuestras batallas cotidianas contra los mantras de la memoria del agua, de las diluciones centesimales y del desprecio por el número de Avogadro. ¿Nos va a hablar el ilustre físico neoyorkino de homeopatía? ¿A nosotros?



Bueno, sí y no. Tenemos que recordar que Sokal ha venido a hablar de la ciencia como ese acercamiento racional y empírico a la realidad, un acercamiento que se sustancia en afirmaciones y enunciados sobre *cómo son las cosas* y sobre cómo van a ser o cómo pueden llegar a ser, siempre en un cierto espacio de la realidad. Y sobre cómo el conocimiento científico se construye por el sedimento de evidencias procesadas a través de hipótesis y teorías de alcance y verosimilitud crecientes, empíricamente validadas en un proceso interminable. Si los fundamentos de la

homeopatía desafían todo el cuerpo de conocimiento bien establecido de la química de las diluciones, de la estequiometría y de la reactividad de los puentes de hidrógeno entre las moléculas de agua, entonces no deberíamos molestarnos en buscar nuevos argumentos que descalifiquen esta pseudoterapia. El trabajo principal, en opinión de Sokal, ya está hecho. Podemos reseñar los múltiples metaanálisis que equiparan estadísticamente la homeopatía con el efecto placebo y que señalan una fuerte correlación inversa entre la calidad metodológica de estudio y la efectividad observable de la homeopatía, podremos llenar nuestras pizarras y nuestras presentaciones de datos, cifras, medias, desviaciones típicas y análisis de regresión. Todo eso no hará sino corroborar lo que ya sabemos: que la homeopatía es más falsa que un bolso de firma expuesto en la sábana de un mantero. La cuestión es, en lo esencial, la siguiente: *¿por qué lo sabemos?* La ciencia, ¿recuerdan ustedes?. La ciencia, esa «vieja confiable», como el cazamariposas de Bob Esponja. Trescientos años de alambiques, retortas, matraces y serpentines de destilación lubricando las meninges de Boyle, Priestley, Dalton, Lavoisier, Avogadro, Mendeléyev y otros amigos son nuestra particular «vieja confiable». Y los miles de experimentos que cada día se reproducen en los laboratorios de química en todo el mundo no hacen sino refrendar los dictados de nuestra querida vieja.

Y sin embargo, el consumo de productos homeopáticos en las sociedades occidentales no es precisamente residual. Más bien va en aumento, con la connivencia escandalosa de algunos médicos y de muchos farmacéuticos. Pero también con la complicidad de las legislaciones sanitarias en muchos países occidentales. Legislaciones que, en el mejor de los casos, cabe tachar de permisivas. En el mejor de los casos. ¿Por qué debe importarnos la ciencia?, se pregunta Sokal. Precisamente para evitar situaciones como *estas*. Si en opinión del diablo, Dios es un chapucero con un equipo magnífico de relaciones públicas, nuestra vieja confiable evidencia la situación contraria: es una persona muy competente que no siempre ha sabido rodearse de los mejores asesores de imagen y que se

Sokal no contrapone la fe a la razón, vieja argucia de muchos teístas, sino que la contrapone al esfuerzo cognitivo.

encuentra en riesgo severo de perder la batalla de la comunicación. ¿Se acuerdan ustedes de esas películas entrañables en las que la maldad o la locura de un científico desataba un fiestón de zombis o de dinosaurios por todo el mundo? Pues, exagerando, es algo así.

Tercer movimiento: *Te Deum Laudamus*.

Y precisamente en relación con los dinosaurios — aunque no solo con ellos— se perfila en el horizonte, como un pistolero malencarado y de perfil aún difuso, un adversario del pensamiento científico al que no conviene perderle la pista. Es cierto: cuando los europeos escuchamos hablar del problema del creacionismo biológico y de su avatar *tecnopop*, el diseño inteligente, tendemos a esbozar una mueca a medio camino entre la sonrisa conmisericordiosa y el rictus de desprecio intelectual. Pensamos que se trata de un problema parroquial del cinturón de la Biblia, en Estados Unidos, y de la pésima calidad de su sistema público de enseñanza media; e imaginamos granjeros furibundos del Medio Oeste enarbolando un rifle en una mano y la Biblia Anotada de Scofield en la otra. Sin embargo, estereotipos aparte, conviene que también los europeos nos tentemos la ropa antes de festejar nuestra avanzada cultura biológica con petardos verbeneros. Ciertamente la enseñanza del creacionismo, ligada a la presencia invasiva de formas fundamentalistas del cristianismo en la educación pública, es un problema conspicuo en amplias zonas de Estados Unidos, y Sokal lo reconoce. Pero también nos advierte de que lo que ocurre en su país puede llegar a pasar también en la alciónica Europa. Un estudio sobre comunicación científica publicado en la revista *Science* en 2006 y elaborado por Miller, Scott y Okamoto⁶, referido a la aceptación pública del *hecho* de que los seres humanos proceden biológicamente de otras especies animales, arrojó los resultados que aparecen en la Figura 1.

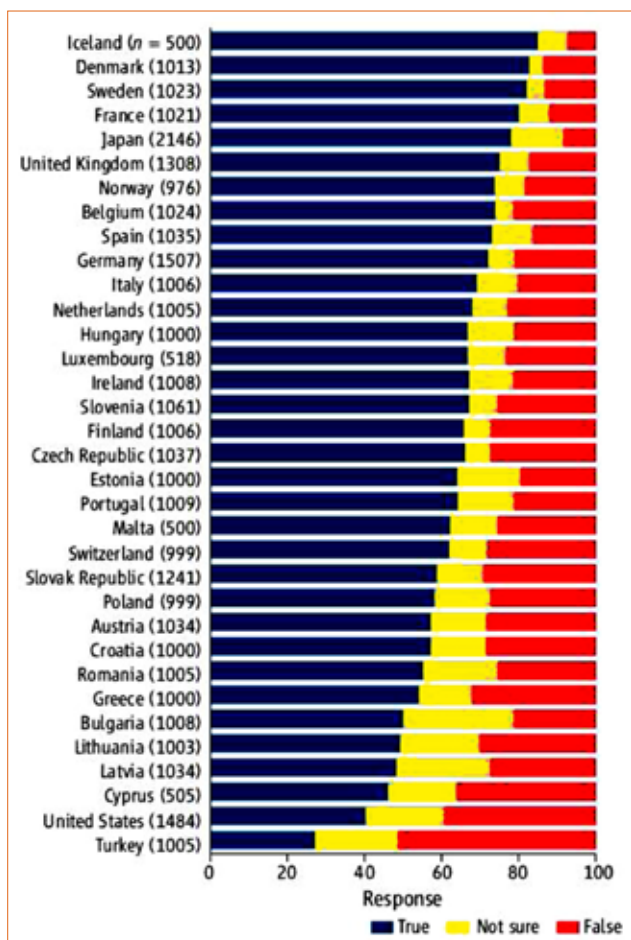
Si bien es cierto que en los países europeos la proporción de personas que aceptan públicamente la evolución biológica es notablemente superior a la proporción en Estados Unidos —que está solo un pel-

daño por encima de Turquía— conviene desagregar los datos y observar cómo, con algunas excepciones, los países del este de Europa muestran porcentajes preocupantes de personas que dicen no creer en el hecho evolutivo o que no están seguros de que la evolución biológica sea cierta. En Grecia, Bulgaria, Letonia y Lituania, por poner cuatro ejemplos, este porcentaje ronda el 50 % frente al 60 % en Estados Unidos. En nuestro país, y siempre según estos datos de 2005, la proporción de personas que rechazan la evolución o se muestran inseguras ronda el 30 %. Una cifra significativa, sobre todo en comparación con las que muestran los países situados en la cabecera de la tabla. Menos lobos entonces, Caperucita.

La enseñanza del creacionismo es la antesala de otro de los más señalados adversarios del pensamiento racional y científico. Sokal señala genéricamente a las creencias religiosas, pero su crítica entra en ciertos detalles que resultan interesantes. Las doctrinas religiosas tienen dos componentes, señala nuestro científico: un componente *factual* y un componente *ético*. El primero afirma la existencia de ciertos hechos reales y el segundo establece pautas normativas de conducta. Además, toda religión posee pretensiones *epistemológicas*, lo que viene a decir que intenta legitimar unos determinados métodos para lograr un conocimiento verdadero de la realidad. Si nos centramos en los contenidos fácticos y en las pretensiones epistemológicas de una doctrina religiosa cualquiera, nos vemos conducidos a plantearnos las siguientes preguntas. En primer lugar, ¿qué *hechos* dice que son reales y qué *cosas* dice que existen? En segundo lugar, ¿cómo *sabemos* que esos hechos son reales y esas cosas existen? No sé si captan ustedes el sentido de estas preguntas y a dónde nos conducen, pero no hay que haber cursado un semestre en alguna de las universidades de la *Ivy League* para intuir la respuesta: esas dos carreteras desembocan en un mismo punto. Desembocan en la *evidencia*. ¿Recuerdan ustedes cuando hablábamos de ella, hace un rato?

Entiende Sokal, y parece razonable, que quienes profesan algún tipo de creencia religiosa deben dar

Hemos perdido nuestra capacidad para indignarnos, para llamar mentira a la mentira, fraude al fraude. En vez de eso, lo llamamos *propaganda*.



Aceptación de la evolución en distintos países⁶. True: Verdadera. Not sure: No está seguro. False: Falsa (foto: <http://logosjournal.com/2013/sokal/>)

cuenta de la relación que establecen entre, precisamente, sus *creencias* y lo que para estas personas son las *evidencias* que garantizan la verdad fáctica recogida en esas creencias. *¿Por qué* creen las personas religiosas en *lo que* creen? *¿Cuáles* son las *buenas razones* para sostener estas creencias? *¿En qué tipo de evidencia* se apoyan? Sokal se atreve a concluir que la respuesta se encuentra en las escrituras sagradas que toda religión que se precie posee, en mayor o menor medida. El hombre religioso no rechaza la evidencia empírica, base de la cosmovisión racional de la realidad, pero añade una evidencia nueva, que puede desplegar como la cama supletoria de los hoteles: las escrituras sagradas, la Biblia, el Talmud, el Corán, lo que ustedes quieran. *¿Y cuál* es el, por llamarlo así, dispositivo epistemológico que permite dignificar esos textos como evidencias cognitivas? Según Sokal, y nosotros estaremos bastante de acuerdo con él, se trata de la fe. Sokal, por cierto, no se toma demasiado en serio esto de la fe: no contrapone la fe a la razón, vieja argucia de muchos teístas, sino que la contrapone al esfuerzo cognitivo. La fe sería, tal vez, como ese compañero de pupitre, perezoso y negligente, que cuando llegan los exámenes presio-

na a sus compañeros más cercanos para que le pasen la chuleta con las contestaciones escritas en un papel doblado y metido dentro de un bolígrafo. Pero Sokal lo explica mejor en su conferencia:

La fe no es, de hecho, un rechazo a la razón, sino tan solo la aceptación descuidada y poco meditada de malas razones. La fe es la pseudojustificación que algunas personas repiten machaconamente cuando quieren realizar afirmaciones sin la evidencia necesaria.

Por supuesto, se trata de una caracterización que puede o no compartirse. Un creyente nunca aceptará esta definición, y tal vez algunos de nosotros deseáramos matizar la rotundidad con que se expresa el autor. Pero sea como fuere, Sokal parece situar la fe no en el terreno de las virtudes epistémicas, sino en el de las conductas cognitivas perezosas. Y ahora, la perla final en la que se condensa el conflicto irreductible entre ciencia y religión: la cosmovisión científica y la cosmovisión religiosa no entran en conflicto por la aceptación o el rechazo de teorías científicas concretas, sino sobre una cuestión aún más fundamental: *sobre qué constituye ser una evidencia.*

Cuarto movimiento: *Finale Apocalíptica.*

El último de los enemigos de la cosmovisión racional de la realidad que Sokal identifica es, en su opinión, el más peligroso de todos. Le cedemos la palabra:

Lo que me lleva al último, y en mi opinión el más peligroso, conjunto de adversarios de la cosmovisión basada en la evidencia en el mundo contemporáneo: a saber, los propagandistas, los encargados de relaciones públicas y los asesores de imagen, junto con los políticos y las corporaciones que los contratan. En definitiva, todos aquellos cuyo objetivo no es el análisis sincero de la evidencia en favor y en contra de una práctica política concreta, sino la simple manipulación de la opinión pública con la intención de obtener una conclusión predeterminada usando cualquier técnica que funcione, por muy falsa o fraudulenta que sea.

No se trata ahora, puntualiza Sokal, de una simple cuestión epistemológica sobre creencias fallidas o incorrectas, sino del escenario ético de fondo, el proscenio moral de toda representación posible de los hechos y de las cosas reales. Estamos hablando de tergiversaciones fraudulentas y de manipulaciones mediáticas orientadas al logro de objetivos cognitivos muy concretos. No se trata simplemente de mentiras. El mundo parecía mucho más sencillo cuando en el Olimpo imperaba el principio de no contradicción: una cosa existe o no existe, un evento ocurre o no



Vikings posmodernos dispuestos a transgredir límites no lineales (foto: Alun Salt, www.flickr.com/photos/stephanridgway/5525675192/)

ocurre, llueve o no llueve, Donald Trump es un reptiliano o no es un reptiliano. La mentira era el privilegio de una sociedad mítica dotada de transparencia semántica, un mundo parmenídeo en el que lo que es, es; y lo que no es, no es. Pero Parménides ya solo inspira a los cosmólogos eternalistas, y no, por desgracia, a los gestores de la cosa pública. Parménides nunca hubiera entendido el concepto de *posverdad*.

La posverdad, que es de lo que en definitiva está hablando Sokal, no es simplemente el envoltorio retórico de la mentira; es un programa de manipulación emocional que opera sobre un sustrato sociológico de aceptación táctica de pequeñas mentiras y engaños cotidianos. El sociólogo Ralph Keyes fue el primero en acuñar para la academia el término *posverdad* en su libro *The Post-Truth Era: Dishonesty and Deception in Contemporary Life*⁷. Keyes traza un panorama sociológico de la implantación de la mentira y el engaño como vehículos de autoidentificación, supervivencia y promoción social y va mucho más allá de las groseras interpretaciones que identifican a la posverdad con los «hechos alternativos» de la consejera presidencial Kellyanne Conway y del secretario de prensa Sean Spicer. En una línea parecida, aunque más actual,

Jayson Harsin⁸ habla de los «regímenes (políticos) de posverdad» (*regimes of posttruth* o *ROPT*), en los que proliferan lo que él llama «mercados de la verdad» (*truth markets*). Los regímenes de posverdad se estructuran como formas de gobierno posdemocráticas, en las que las grandes cuestiones, los discursos y las organizaciones orientadas al cambio sociopolítico permanecen constreñidas —afirma Harsin, inspirado por Foucault— a pesar de la posibilidad de nuevos ámbitos de participación pseudopolítica y cultural en torno, precisamente, a la verdad. En las sociedades de la posverdad, los agentes políticos dotados de más recursos intentan utilizar el conocimiento analítico de los datos para gestionar los ámbitos de la apariencia y de la participación.

Volviendo a Sokal:

Tal vez nos hemos acostumbrado tanto a las mentiras políticas —tan obstinadamente cínicas— que hemos perdido nuestra capacidad para indignarnos. Hemos perdido nuestra capacidad para llamar al pan, pan y al vino, vino, para llamar mentira a la mentira, fraude al fraude. En vez de eso, lo llamamos propaganda.

Coda: *Salvum Fac Populum Tuum, Scientia.*

A lo largo de su conferencia, Sokal ha cartografiado los campos minados del irracionalismo —el postmodernismo académico, las pseudociencias, las interpretaciones religiosas fundamentalistas y la gestión política de la posverdad— con la contundencia de un bregado agrimensor. Toca ahora, en la parte final, una reivindicación identitaria y normativa del pensamiento científico. Sokal desglosa la traca final en varios párrafos gloriosos. Veamos:

Vivimos en un único mundo real; las divisiones administrativas utilizadas por conveniencia en nuestras universidades no corresponden, de hecho, con ninguna frontera filosófica natural. No tiene sentido echar mano de un conjunto de estándares de evidencia en la física, la química o la biología y de pronto relajar esos estándares cuando se trata de la medicina, la religión o la política. Para que esto no parezca imperialismo científico, quiero resaltar que es exactamente lo contrario.

Y continúa de esta manera:

La cuestión de fondo es que la ciencia no consiste tan solo en un reservorio de trucos recurrentes que resultan útiles en la investigación de algunos asuntos arcanos sobre el mundo inanimado y el mundo biológico. Más bien, las ciencias naturales son ni más ni menos que una aplicación particular —si bien inusualmente exitosa— de una cosmovisión racionalista más general, centrada en la modesta insistencia de que las afirmaciones empíricas deben estar respaldadas por la evidencia empírica.

La evidencia, ese punto arquimediano del pensamiento científico y racional sobre el que Sokal no deja de insistir, se constituye en un criterio de demarcación fundamental frente a la mentalidad pseudocientífica:

Lo que permanece inalterado en todos los ámbitos de la vida es, sin embargo, el criterio filosófico subyacente: a saber, restringir nuestras teorías tanto como sea posible a la evidencia empírica y modificar o rechazar aquellas teorías que no pueden ajustarse a la evidencia. Esto es lo que yo quiero dar a entender cuando hablo de la cosmovisión científica.

Sokal no deja de reivindicar el carácter agonista, conflictivo, de la actividad científica. Si pensar es pensar siempre contra alguien, como afirmaba Gustavo Bueno, el pensamiento científico racional es, también, batallar en las lindes del pensamiento mágico:

La dimensión afirmativa de la ciencia, que consiste en sus afirmaciones bien contrastadas sobre el mundo físico y el biológico, puede ser lo prime-

ro que viene a la mente cuando la gente piensa en la ciencia; sin embargo, la parte más profunda y más intelectualmente subversiva es la dimensión crítica y escéptica. La cosmovisión científica entra inevitablemente en conflicto con todas las formas de pensamiento no científico que realizan afirmaciones supuestamente fácticas sobre el mundo.

El pensamiento científico ha alcanzado en la actualidad una preeminencia innegable en todos los ámbitos del pensar y del conocimiento. Pero a lo largo de la historia, no siempre ha transitado por la alfombra roja de las estrellas mediáticas ni ha lucido el palmito que tiene hoy en día. Y en muchas partes del mundo —en todas, en realidad, aunque en distinta medida— existen multitudes que no pueden, no saben o no quieren apreciarlo con justicia. A lo largo de la historia, el pensamiento científico y racional ha tenido que emprenderla a codazos para salir de las butacas del gallinero y ocupar plaza en el palco de autoridades. Y nunca estaremos seguros de que los amigos del pensamiento mágico no vayan a esgrimir su derecho a ocupar una localidad en ese mismo palco con una entrada comprada en la reventa.

Sokal termina su charla con la siguiente admonición:

Cuatrocientos años más tarde, parece tristemente evidente que esta transición revolucionaria desde una cosmovisión dogmática a una cosmovisión basada en la evidencia aún está lejos de haberse completado.

Al terminar su exposición, los asistentes aplaudieron durante un buen rato; aunque no todos los aplausos fueron igual de entusiastas.

Notas:

1. La versión íntegra de la conferencia de Alan Sokal puede consultarse en su página web corporativa, <http://www.physics.nyu.edu/sokal/>, y en la revista electrónica Logos. A journal of modern society & culture (2013, vol. 12, no. 2): <http://logosjournal.com/2013-vol-12-no-2/>
2. Sokal, A. (1996) «Transgressing the Boundaries: Towards a Transformative Hermeneutics of Quantum Gravity». Social Text, Vol. 46/47, pp. 217-252.
3. Sokal, A. y Bricmont, J. (1998) *Imposturas intelectuales*. Ediciones Paidós Ibérica, Barcelona.
4. Kelly, Thomas, «Evidence», The Stanford Encyclopedia of Philosophy (Winter 2016 Edition), Edward N. Zalta (ed.) <https://plato.stanford.edu/archives/win2016/entries/evidence/>
5. - https://es.wikipedia.org/wiki/Reglas_del_marqu%C3%A9s_de_Queensberry
6. Miller, J.D., Scott, E.C. & Okamoto, S. (2006) «Public Acceptance of Evolution». Science, 313: 765-766.
7. Keyes, R. (2004) *The Post-Truth Era. Dishonesty and Deception in Contemporary Life*. St. Martin's Press, New York.
8. Harsin, J. (2015) «Regimes of Posttruth, Postpolitics, and Attention Economies». Communication, Culture & Critique, 8(2): 327-333.